

**David S. LANDES, *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Crítica, Barcelona, 1999, 604 pp.**

Un libro de historia al que un autor del prestigio y trayectoria de Landes titula deliberadamente *La riqueza y la pobreza de las naciones*; en cuya cabecera figura, de forma muy destacada, una cita de Malthus («... las causas de la riqueza y pobreza de las naciones; el objeto por excelencia de todos los estudios de economía política»), que, como el resto de los economistas clásicos, dedicó la mayor parte de sus escritos a construir un modelo general de crecimiento económico; en cuyo índice alfabético figura Adam Smith como el autor más citado, al menos en tres docenas de ocasiones, casi siempre para mostrar su desacuerdo con él y, en algunos casos, sin haberle entendido; y que aparece en un momento en que los trabajos de Solow, Lucas, Romer, Mankiw, Barro y otros han vuelto a situar al crecimiento en un primer plano de la teoría económica, necesariamente había de invitar a una comparación con la *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776) de Adam Smith y con toda esta moderna literatura sobre el crecimiento económico. Más aún, después de haber leído el libro de Landes, cualquier economista familiarizado con *La riqueza de las naciones* y con estos otros escritos sobre crecimiento económico, pensaría que sus contenidos y el propio título constituyen una verdadera provocación para hacerlo y que sería difícilmente inteligible sin esta referencia.

¿Cómo no atender, entonces, la invitación del propio autor? Ésta será, pues, la forma de seguirle a lo largo de un extenso texto, con unos objetivos y una sistematización nada convencionales, muy rico en sugerencias, y que intenta explicar, nada más y nada menos, que las causas que determinan la riqueza y la pobreza de las distintas *naciones* durante el último milenio, con excursiones incluso a tiempos más lejanos.

Como es sabido, los libros III y IV de *La riqueza de las naciones* constituyen la obra de un historiador que trataba, al mismo tiempo, de establecer los principales principios de la ciencia económica, particularmente en relación con el crecimiento económico. Después de haber construido su *sistema* analítico en los dos primeros libros, Smith dedica, en efecto, el brevísimo libro III a estudiar los «diferentes progresos de la riqueza en distintas naciones» (exactamente igual que hace Landes en su libro) y el muy extenso libro IV a analizar los «sistemas de economía política» que habían venido utilizando los distintos Estados a lo largo del tiempo para procurarse los recursos necesarios y para hacer que los individuos pudieran incrementar sus ingresos (también un objetivo esencial en el libro de Landes). Sin embargo, todas las semejanzas se acaban aquí, porque la historia de Landes es distinta a la de Smith en puntos muy importantes.

En primer lugar, el principal mérito de Smith consistió en construir un *sistema* explicativo del funcionamiento de una sociedad libre, en el que los sentimientos morales, las instituciones políticas y los comportamientos económicos se integran ordenadamente

para producir unos resultados necesariamente *positivos*. Y dentro de este sistema, existía un patrón único de crecimiento económico: «El producto anual de la tierra y el trabajo de cualquier país no se puede incrementar más que por el aumento de sus trabajadores productivos o de la capacidad productiva de los trabajadores ya empleados. Es evidente que el número de trabajadores productivos no se puede incrementar en gran medida, a menos que aumenten el capital o los fondos destinados a mantenerlos. La capacidad productiva del mismo número de trabajadores no puede aumentar si no es como consecuencia de algún aumento de las máquinas y herramientas que facilitan y abrevian el trabajo, o de una distribución del empleo más apropiada. En cualquiera de los dos casos, se requiere casi siempre un capital adicional. Sólo mediante un capital adicional puede el contratista de cualquier empresa proveer a sus trabajadores con mejor maquinaria o hacer una distribución del trabajo más apropiada» (WN, II, iii, 32). La cita es larga, pero valía la pena reproducirla íntegramente para nuestros propósitos. La división del trabajo (la distribución más apropiada), innata en la naturaleza humana a causa de la predisposición natural de los hombres al intercambio, constituye la causa fundamental del crecimiento económico. Gracias a ella, aumenta la productividad, haciendo posible así la acumulación de capital, que, a su vez, lleva a nuevos avances en la división del trabajo. En todo este proceso, la libertad económica y el aumento incesante del tamaño del mercado, mediante la eliminación de restricciones y la apertura de nuevos territorios, constituyen factores esenciales. Y en tales condiciones, el crecimiento económico ocurre inexorablemente. Con este modelo, Smith podía contar fácilmente su historia.

En vano se buscará en Landes nada parecido. Lo más cercano a esta formulación simple y *sistemática* de Smith es su descripción estática de la *sociedad ideal*, que vendría dada por la presencia de las siguientes características: saber cómo construir y gestionar los medios de producción y cómo crear y adaptar nuevas técnicas; ser capaz de transmitir estos conocimientos mediante un buen sistema educativo; seleccionar a los trabajadores para cada puesto en función de su competencia y establecer un sistema de promoción en función de los resultados; dar oportunidades a las empresas personales o colectivas, alentar la iniciativa, la competencia y la emulación; y permitir que las personas disfruten y utilicen los frutos de su trabajo y sus iniciativas (p. 206). Aunque razonable, un planteamiento subordinado a tantas y tan complejas *aptitudes y predisposiciones* y, por otra parte, tan escasamente compulsivo, en modo alguno podía servir de hilo conductor a la historia de Landes. De hecho, en sus numerosas ilustraciones, desde el fracaso del Islam en la Edad Media a la frustración de los nuevos países africanos, cada vez utiliza distintas razones explicativas del proceso. Frente al optimismo *necesario* de Smith, que procede de un único sentimiento humano (la propensión al intercambio) y de la consiguiente división del trabajo, en el que el éxito está garantizado tan sólo con eliminar los obstáculos que puedan encontrarse en el camino, la historia de Landes consiste, por el contrario, en la búsqueda de ausencias, diferentes en cada caso, que hacen imposible el crecimiento, o que lo frustran en un momento determinado, incluso en naciones que inicialmente se encontraban en el buen camino. No sólo esto, sino que el propio éxito constituye una grave amenaza para la continuidad del crecimiento, como señala él mismo al glosar una de las explicaciones más rotundas de la decadencia económica española de principios del XVII:

«Si España no tiene dinero, oro ni plata, es porque tiene todas estas cosas y, si es pobre, es porque es rica... Podría pensarse que se ha querido hacer de esta república una república de gentes encantadas que vivieran al margen del orden natural» (Martín de Cellorigo, 1600) (p. 166).

No obstante, si se intenta determinar cual de todos esos factores es el más importante en el modelo de crecimiento económico de Landes, no hay duda. Muy al principio del libro, y después de descartar que la geografía y la naturaleza puedan ser «la fuerza del destino», afirma: «La ciencia y la tecnología constituyen la clave: cuanto más se sabe, más puede hacerse... por instaurar mejores condiciones de vida» (p. 30). Y, más adelante: «No es la ausencia de dinero lo que frena el desarrollo. El impedimento fundamental es la falta de preparación de la sociedad, cultural y tecnológicamente, la ausencia de conocimientos y la falta de pericia. Dicho de otro modo, la falta de habilidad para usar el dinero» (p. 252). «El saber es oro» constituye, significativamente, el título del magnífico capítulo XVIII, en el que se afirma rotundamente: «Las instituciones y la cultura son lo más importante; el dinero viene luego, pero, desde el principio y cada vez más, el factor decisivo sería el saber» (p. 258). La idea actual de la sociedad del conocimiento.

Nada nos dice Landes, sin embargo, acerca de cómo se produce el salto desde la ignorancia a la sabiduría, o cómo nace la inclinación por el saber y su aplicación a la producción de bienes económicos. Según él, los chinos y el Islam no habrían tenido interés en aprender y los japoneses sí, y de ahí su actual situación económica. Pero ¿porqué? Simpatiza con la idea de Gerschenkron (*Economic Backwardness in Historical Perspective*, 1951) de que para los países atrasados constituye un estímulo el tratar de «salvar el abismo de saber y experiencia» que media entre ellos y los más avanzados, pero, también como él, no se pregunta acerca de qué es necesario para que ello ocurra. A lo sumo, resucita a Weber, defendiéndole de sus adversarios y de su progresivo descrédito, para afirmar que el crecimiento económico requiere un tipo nuevo de hombre «racional, ordenado, productivo», sometido a la presión de grupo e identificado con unos ideales comunes definidos en el seno de una determinada *nación*. Pero, al hacerlo, no avanza un solo paso: «Si alguna lección puede sacarse de la historia del desarrollo económico, es que la cultura es el factor determinante por excelencia. En este sentido, Max Weber tenía razón» (p. 471). Gran Bretaña pudo liderar la revolución industrial porque tuvo la gran ventaja de ser una nación, marcada por una identidad común y por una lealtad a unos mismos valores (p. 206). En cambio, los nuevos países africanos habrían sido incapaces de iniciar la senda del crecimiento económico por carecer de esa identidad como nación (pp. 455 y ss.). Resulta un tanto sorprendente que Landes deje sin respuesta su pregunta crucial y, más aún, que continúe utilizando el esquema de naciones para describir y explicar el crecimiento económico en el mundo sin barreras actual, como hace en toda la parte final de la obra.

Una segunda cuestión, estrechamente relacionada con la anterior, es el uso de la historia en Smith y Landes. En *La riqueza de las naciones* hay un historiador «ortodoxo», que trata de reunir toda la información factual que le fue posible, y un filósofo de la historia, que intenta proporcionar una explicación general del proceso histórico a través de los hechos previamente recopilados, pero teniendo siempre como referencia su propio *sistema*. En esta recogida de datos, Smith trató de utilizar las mejores fuentes, pero, a falta de ellas,

o junto a ellas, no tuvo inconveniente en tomar relatos de viajeros e incluso narraciones raras o extravagantes relativas a países remotos, difíciles de confirmar o refutar. En ocasiones, el uso de estos relatos se justificaba por la escasa fiabilidad de las estadísticas, o simplemente por su inexistencia cuando se refería a tiempos lejanos, pero, por lo general, Smith no dudó en utilizar en cada ocasión la información que consideraba más relevante para su propia argumentación. Por un lado, el filósofo de la historia señalaba el «curso natural del progreso de la riqueza», que tenía su explicación dentro del modelo, y, por otro, el historiador ortodoxo encontraba situaciones en las que se subvertía este «proceso natural» y que debían, por tanto, ser modificadas a fin de que no se obstaculizara el crecimiento. El objetivo de Smith era, en definitiva, formular una descripción ideal de la evolución histórica, que no tenía por qué corresponderse con ninguna situación histórica concreta y para la que la información factual era poco más que meras ilustraciones.

En Landes hay también un historiador ortodoxo que incluye datos cuantitativos perfectamente contrastables y un filósofo de la historia que deduce conclusiones o que aduce razones que han facilitado o dificultado el crecimiento económico de las naciones a lo largo de la historia. Sin embargo, al contrario que en Smith, no hay en él ningún modelo explicativo claro y sencillo, no hay la intención de mostrar una senda única de crecimiento económico. Seguramente por ello, la tensión entre el historiador y el filósofo es mayor que en Smith. No sólo recurre a las narraciones que más pueden convenir a su explicación de cada caso, sino que, como ésta no existe *a priori* con carácter general, los factores determinantes del éxito o el fracaso pueden provenir de una panoplia muy amplia de ellos, en su mayoría no cuantificables e imposibles de contrastar. Y recurrir, en última instancia, a que una nación careció del saber necesario es un expediente excesivamente vulnerable, incluso dentro de su propia historia.

Por último, en esta comparación Smith-Landes, habría que preguntarse por las claves del éxito de ambas obras. Como es sabido, los editores de Smith temieron por el éxito de *La riqueza de las naciones*. Se trataba de una obra sólida y profunda, cuya lectura exigía sumo cuidado y un gran esfuerzo de concentración. El propio D. Hume llegó a pensar, por esta razón, que el libro se haría muy popular algún día, pero fue, en cambio, muy poco optimista respecto a su futuro inmediato. En realidad, estos temores resultaron infundados y la primera edición, publicada en marzo de 1776, se vendió en apenas seis meses. Inmediatamente después vendrían las siguientes, cinco en vida de su autor, y su rápida traducción a casi todos los idiomas del mundo. El error seguramente se debió a que, aparte los méritos científicos que unánimemente se le atribuían, los que pronosticaban un mal comienzo no supieron apreciar que Smith ofrecía soluciones simples a los principales problemas de los países europeos de finales del siglo XVIII y que su historia resultaba atractiva e interesaba a casi todos porque llegaba hasta sus propios días.

Desconozco las previsiones editoriales de W.W. Norton & Company sobre *La riqueza y la pobreza de las naciones*, pero hay que admitir ya que su éxito ha sido fulminante. No sólo ha interesado al mundo académico sino que, desde su publicación, ha llegado al gran público y se ha mantenido largo tiempo en la lista de *best-seller* del *New York Times*, traducándose inmediatamente a otros idiomas, incluido ahora el español. ¿Cuáles han podido ser las razones de este éxito? No creo que quepa atribuirlo tan sólo al prestigio de

su autor, ni a su probada eficacia como historiador. Hay en esta obra un análisis juicioso del mundo actual, de la pobreza en la abundancia de los países árabes productores de petróleo, de la frustración de las ex-colonias africanas tras un comienzo esperanzador, de la pujanza de los dragones asiáticos, de las razones que llevaron a Saddam Hussein a invadir Kuwait, del fracaso que Chernobyl y el mar de Aral representan para el comunismo, de la fantástica transformación ideológica de Cárdeno tras su elección como presidente del Brasil, es decir, de todo cuanto interesa a la gente de hoy. No hay tibieza a la hora de combatir los grandes prejuicios que han ido acumulándose en el último siglo en relación con el imperialismo y más recientemente con la llamada teoría de la dependencia. Hay un rechazo abierto a la posibilidad de un crecimiento estable de base exportadora. Y hay, en definitiva, una brillante historia del último milenio, sin demasiados datos, pero atractiva, sugerente (qué gran acierto el de sus observaciones sobre el reloj y sobre el tiempo, uno de los *leit-motiv* de la obra) y, cómo no, en la que españoles y portugueses vuelven a salir muy mal parados, particularmente si se les compara con holandeses y británicos. Y éstas son probablemente las razones de su éxito inmediato.

Sin embargo, no estoy tan seguro de que Landes vaya a correr la misma suerte que Smith en el largo plazo, y en ello tendrá mucho que ver la ausencia de un modelo analítico simple, la principal debilidad de su libro, una carencia que se hace particularmente notable en un momento en que la teoría del crecimiento económico se ha perfeccionado extraordinariamente. Landes no cree demasiado en la historia económica cuantitativa. Desconfía, puede que justificadamente, de las estimaciones de producto nacional («las posibilidades de falsear los resultados son infinitas: el poder multiplicador del más ínfimo error sobre doscientos años es enorme», p. 160; y «no resultará sorprendente, por tanto, que estas reconstrucciones hayan diferido de un reconstructor a otro y de una época a otra, ni que la apariencia de precisión de los datos así obtenidos no sea una garantía de solidez ni de que su validez sea definitiva, ni podrá pensarse que el último cálculo sea necesariamente mejor que el anterior», pp. 188-189), aunque él mismo termine usando las muy ajustadas recopilaciones de Maddison (p. 302). Cuando se refiere a algunas de las principales aportaciones de la ciencia económica (ventajas comparativas, rendimientos decrecientes), no lo hace con mucho aprecio y, en general, para él los economistas son simplemente *ellos*. No desconoce la instrumentación de la política económica contemporánea, e incluso se adhiere explícitamente a la que vienen imponiendo el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional a los países que solicitan su ayuda, pero desconfía de su aplicabilidad y de su eficacia si antes no se crean las «instituciones y estructuras» adecuadas venciendo resistencias e intereses (p. 449).

Al final del libro, casi como un estrambote, Landes se plantea el papel del Estado en relación con el crecimiento y, en cierto modo, toma en consideración todos los ingredientes de los llamados modelos de crecimiento endógeno, en los que no sólo cuentan el trabajo y el capital físico privado sino también otras formas de capital (capital público en infraestructuras, capital humano, I+D), a las que es posible asignar responsabilidades perfectamente cuantificables en el crecimiento económico. Podría haberse servido de estos modelos a lo largo de su obra, pero no lo ha hecho. Habría sido distinta. Al fin y al cabo, no era esto lo que pretendía. En sus propias palabras: «Hay que cultivar una fe excéptica,

evitar los dogmas, saber escuchar y mirar, tratar de despejar y fijar los fines para poder escoger mejor los medios». La sabiduría del viejo humanismo.

Concluyo. Haber atendido la provocación de Landes para glosar su espléndido libro, tal vez no haya sido la mejor forma de hacerlo, pero confío, al menos, en que ello pueda servir para prevenir a sus lectores. A algunos no les aportará nada realmente nuevo. A los más, les entusiasmará. De hecho, ello ya ha ocurrido.

MANUEL MARTÍN